

## XI EN TORNO AL CONCILIO VATICANO II

El 9 de octubre de 1958 moría Pío XII. El Padre participó con visible dolor en el luto por aquel Pontífice que le había acogido con un espíritu tan sobrenatural y paterno.

En la tarde del 28 de octubre, la *fumata* blanca anunció la elección del nuevo Papa. Antes aún de conocer su nombre, mons. Escrivá se arrodilló lleno de alegría y se puso a rezar por él: «*Oremus pro Beatissimo Papa nostro: Dominus conservet eum et vivificet eum...*». Mucho había rezado y hecho rezar por el nuevo Pontífice durante el período de sede vacante; invitó a ofrecer por él todo, «¡hasta la respiración!». Delante del televisor recibió muy emocionado la primera bendición de Juan XXIII.

En los años precedentes, mons. Angelo Giuseppe Roncalli había conocido bien el espíritu y la realidad de la Obra, había visto de cerca la actividad de varias obras apostólicas. Ahora, como Papa, quiso manifestar de diversas maneras su estima al fundador. Le nombró consultor de la Comisión para la interpretación auténtica del Código de Derecho Canónico, cedió a la Obra en propiedad los terrenos de Castelgandolfo donde se levantaba la ya mencionada Villa delle Rose, erigió en Universidad el Estudio General de Navarra y confió al Opus Dei una obra de promoción social y cristiana en el barrio Tiburtino de Roma.

Don Josemaría deseaba abrir su corazón al nuevo Papa, y pudo hacerlo en la audiencia del 5 marzo de 1960. Juan XXIII, con su carácter afable y bondadoso, invitaba a superar toda formalidad, y esto, unido a la disposición filial de mons. Escrivá, hizo íntima y emotiva la entrevista.

«La primera vez que oí hablar del Opus Dei —le contaba el Papa—, me dijeron que era una institución imponente y que hacía mucho bien. La segunda vez, que era una institución imponentísima y que hacía muchísimo bien. Estas palabras me entraron en los oídos... El afecto por el Opus Dei se me ha quedado en el corazón».

Muy emocionado y con la voz temblorosa, el fundador describió el apostolado que el Opus Dei desarrollaba en el mundo, y al Papa le impresionó la respetuosa espontaneidad con que se expresaba aquel hijo suyo. «Padre Santo —le dijo entre otras cosas—, en nuestra Obra siempre han encontrado todos los hombres, católicos o no, un lugar amable: no he aprendido el ecumenismo de Vuestra Santidad». Y el Santo Padre reía entre divertido y conmovido. Mons. Escrivá aludió también a la inadecuación del ropaje jurídico con que la Obra había tenido que revestirse diez años antes, a lo que el Papa prometió abordar el problema en la Curia... después del Concilio Vaticano II, ya anunciado.

Una segunda audiencia tuvo lugar el 27 de junio de 1962, antes del inicio del concilio. De nuevo Juan XXIII dejó hablar a su entusiasmo: «Monseñor, el Opus Dei pone ante mis ojos horizontes infinitos que aún no había descubierto».

El fundador escribía poco después: «este último encuentro con el Vicario de Cristo ha tenido particular significado para nuestra Obra». Y atestiguaba a sus hijos el afecto demostrado por el Papa:

«Su mirada atenta y llena de paternal benevolencia, el gesto suave de la mano, el calor afectuoso de su voz, la grave y serena alegría reflejada en Su rostro... Querría de verdad, queridísimos hijos, que todos vosotros estuviéseis felices e inmensamente agradecidos al Papa Juan XXIII por su bondad y benevolencia».

El 11 de octubre de 1962, fiesta de la Maternidad divina de María, una larguísima procesión de obispos, en fila de seis, subía las escalinatas de la Basílica de San Pedro bajo un sol esplendoroso. Daba comienzo el XXI Concilio ecuménico de la Iglesia católica, convocado por Juan XXIII. El concilio más numeroso y universal de la historia. Los ojos del mundo entero estaban puestos en él. Mons. Josemaría Escrivá siguió la ceremonia por televisión. Siempre se había mantenido al margen en los grandes eventos y esta vez ni siquiera se contaba entre los miembros de la asamblea, muy generosamente reclutados. Quizás trataba de descubrir los rostros de los hijos suyos, pocos, que se hallaban entre los padres conciliares: mons. Ignacio de Orbeago, Prelado de Yauyos, y mons. Luis Sánchez-Moreno, Obispo Auxiliar de Chiclayo, ambos de Perú; y el Obispo Auxiliar de Oporto, mons. Alberto Cosme do Amaral, miembro agregado de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Había además otros hijos suyos —don Álvaro en primer lugar— que participaban en razón de otros títulos. Sin duda, rezaba. Pocas personas en el mundo tenían una visión tan amplia de la Iglesia.

Un capítulo importante —y poco conocido— de la vida de san Josemaría es el referente a su trabajo y su actitud durante el Concilio Vaticano II. Y no sólo por la decisiva importancia que esa asamblea ha tenido en la vida de la Iglesia, sino porque confirmó con el máximo grado de autoridad los principios del espíritu del Opus Dei. Los mismos principios que veinte años antes eran considerados heréticos por algunos religiosos, como se ha visto: la llamada universal a la santidad, la posibilidad de santificarse en medio del mundo y a través de las actividades seculares, la llamada bautismal al apostolado, etc. Sería presuntuoso afirmar que tales perspectivas se recogieron en los documentos conciliares sólo gracias a san Josemaría, pero sería aún más injusto rebajar o minusvalorar su influencia en el concilio. Además, la tempestad del postconcilio intentó tergiversar las cosas, pretendiendo colar como conclusiones conciliares lo que solamente eran opiniones —descartadas— de ciertos peritos o grupos denominados “progresistas”, con el resultado de que, quien al inicio de la asamblea era considerado avanzado o moderno, se encontró al final con que se le miraba como tradicionalista o nostálgico en la nueva etapa. Y algo de esto le pasó a mons. Escrivá. Pero todo esto no tiene nada que ver con el Concilio Vaticano II.

Sigo aquí los testimonios de mons. Álvaro del Portillo y del Cardenal Julián Herranz, que gozaron de un privilegiado puesto de observación, ya que trabajaron en las comisiones conciliares y vivían junto al Padre. Al comienzo de los trabajos, don Álvaro fue nombrado perito conciliar, como Secretario de la Comisión para la disciplina del clero y el pueblo cristiano, dentro de la cual tuvo que intervenir muy activamente. Además, fue designado consultor de otras tres comisiones conciliares: para los obispos y el régimen de las diócesis, para los religiosos, y para la doctrina de la fe; así como consultor de la comisión mixta para las asociaciones de fieles y de la comisión para la revisión del Código de Derecho Canónico. Concluidas las actividades de la asamblea ecuménica, recibió el nombramiento de consultor de la Comisión postconciliar para los obispos y el gobierno de las diócesis. También don Julián trabajó en varias comisiones durante el Concilio y, tras la clausura, en la comisión para los textos legislativos, de la que años más tarde llegó a ser presidente.

Premisa necesaria es que san Josemaría nunca quiso seguir de ningún modo la llamada carrera eclesiástica. Ya en Madrid, siendo un joven sacerdote, rechazó el honroso título de capellán de la Casa Real; y si, al llegar a Roma, aceptó ser nombrado monseñor fue exclusivamente porque, en aquellos momentos de estudios y gestiones para la definición jurídica del Opus Dei, ese nombramiento corroboraba la secularidad de la Obra y de sus sacerdotes: como se sabe, los religiosos no pueden recibir tales

reconocimientos honoríficos. Rarísima vez vistió las ropas específicas del título: sólo cuando el protocolo o alguna circunstancia extraordinaria lo requerían. Era muy consciente de que se hallaba en la tierra con la estricta finalidad de hacer el Opus Dei y de hacerlo como Dios quería. Todo lo demás únicamente le interesaba en la medida en que contribuía a ese fin.

Poco antes del Concilio, en los ambientes eclesiásticos romanos se esparció un rumor: «Van a hacer cardenal a Escrivá».

El Padre sonreía y dejaba pasar. Pero el rumor volvía a correr cada cierto tiempo. En el verano de 1960 su nombre circuló entre los posibles candidatos. Como trabajaba en el Vaticano, don Julián estaba al corriente, pero el Padre nunca le preguntó por “cosas del trabajo”, frecuentemente vinculadas al secreto pontificio o, en cualquier caso, delicadas. Quizás por esto un día le llamó a su habitación, se desabrochó varios botones de la sotana a la altura del tórax y le mostró la piel. Don Julián, que había estudiado Medicina antes de la ordenación sacerdotal, se quedó estupefacto al ver un *herpes zoster* tremendamente inflamado y la piel amoratada, llena de llagas. Sabía que era una enfermedad dolorosísima. Por todo comentario el Padre le dijo: «Mira, hijo mío: ésta es la púrpura que el Señor quiere para mí».

Esto ayuda a comprender mejor la postura del Padre durante el Concilio.

Antes de nada, vio como una gran oportunidad para la Iglesia la convocatoria de la asamblea ecuménica, e incitó continuamente a sus hijos a rezar por buen éxito. En una carta al secretario del Papa escribía:

«Le ruego, una vez más, que tenga a bien manifestar al Santo Padre mi mucha alegría y optimismo por el Concilio Ecuménico, y lo mucho que se reza y los muchos sacrificios que ofrecen en todo el mundo los miembros del Opus Dei por esta gran Asamblea de la Iglesia».

Esperaba que el Concilio sirviera para fortalecer a la Iglesia en el sentido más hondo, esto es, la santificación de sus miembros y la eficacia de la evangelización.

«Nadie duda, hijos míos, porque es una evidente realidad, cuántos problemas pastorales pone el mundo moderno. La vertiginosa transformación de la sociedad actual [...] plantea multitud de cuestiones, que no sólo requieren una adecuada respuesta cristiana, sino que ocasionan, en el seno de la vida cristiana, como la conciencia y la urgencia de habilitar medios pastorales, actitudes y lenguaje que permitan a la acción evangélica penetrar en este mundo de hoy».

El Opus Dei, no haría falta decirlo, era un instrumento querido por Dios para hablar de Cristo al mundo desde dentro. Y el Concilio podía, además, abrir el camino hacia la solución jurídica definitiva de la Obra, como hizo. De ahí que incluso el famoso “*aggiornamento*” —término con el que se entendía una no bien definida modernización de todos los componentes de la Iglesia— presentaba particularidades no desdeñables en su aplicación a la Obra: era una realidad nueva, aún no bien definida a nivel canónico, y con el fundador —depositario del carisma divino— todavía en vida. En una célebre entrevista, el Padre aseguraba:

«En cuanto al Opus Dei considerado en conjunto, bien puede afirmarse sin ninguna clase de arrogancia, con agradecimiento a la bondad de Dios, que no tendrá nunca problemas de adaptación al mundo: nunca se encontrará en la necesidad de *ponerse al día*. Dios Nuestro Señor ha *puesto al día* la Obra de una vez para siempre, dándole esas características peculiares, laicales; y no tendrá jamás necesidad de *adaptarse al mundo* porque todos sus socios *son* del mundo; no tendrá que ir detrás del progreso humano,

porque son todos los miembros de la Obra, junto con los demás hombres que viven en el mundo, quienes hacen ese progreso con su *trabajo ordinario*».

Volviendo al inicio del Concilio, inmediatamente después de su convocación san Josemaría envió a Juan XXIII una carta para manifestarle su pleno agradecimiento. Deseaba que el Concilio colmase la laguna teológica sobre el papel de los laicos en la Iglesia, como así sucedió. Recordaba mons. Álvaro del Portillo que el Padre

«pensó que podían convocarle en calidad de presidente general de un Instituto Secular, pues ésa era entonces la configuración jurídica del Opus Dei. En ese caso debería participar como Padre Conciliar junto a otros superiores de Instituciones incluidas en el estado de perfección. Aunque deseaba muchísimo intervenir personalmente en las reuniones conciliares, no le pareció conveniente tomar parte a título de presidente de un Instituto Secular. De hecho podría significar, si no la aceptación de un estatus jurídico inadecuado a la naturaleza de la Obra, al menos un dato que constituiría un precedente poco favorable para la futura revisión del encuadramiento canónico del Opus Dei. Expuso a la Curia los motivos por los que no consideraba prudente participar en el Concilio, y su decisión fue bien comprendida.

Entonces mons. Loris Capovilla le invitó a intervenir como perito del Concilio, trasladando el deseo del Santo Padre Juan XXIII. Nuestro Fundador reiteró una vez más su disponibilidad total e incondicionada, pero, después de haber agradecido la invitación, explicó las razones por las que preferiría no aceptar, sometiéndose, en todo caso, a la decisión del Papa. En resumen eran éstas: por un lado, no podría dedicar a esta misión todo el tiempo necesario; por otro, varios hijos suyos obispos eran Padres Conciliares, y resultaría chocante que interviniese como un simple perito: no se trataba ciertamente de una actitud de vanidad, sino del deseo de evitar malentendidos a la Santa Sede. Si el fundador del Opus Dei hubiese aceptado el nombramiento de perito, tras haber rehusado el de Padre Conciliar, alguno podría pensar que lo que buscaba era moverse entre bastidores. En cambio, los que no estaban al corriente de la situación podrían pensar que al Opus Dei no se le concedía ninguna importancia eclesial.

Al mismo tiempo, nuestro Fundador ofreció a la autoridad eclesiástica competente la colaboración de toda la Obra y de sus miembros, muchos de los cuales, efectivamente, participaron en la preparación y desarrollo del Concilio».

A cambio, a lo largo de todo el Concilio desarrolló una infatigable labor de acogida de los Padres y peritos conciliares, que iban a verle para conocerle mejor y conocer mejor la Obra o para pedirle manifiestamente consejo. Esas entrevistas fueron realmente muchísimas. Recuerda de nuevo don Álvaro del Portillo:

«Hubo días en que recibió más de media docena de visitas, y no le resultaba nada fácil sacar, de sus ocupaciones de gobierno en la Obra, el tiempo necesario para acoger debidamente a esos cardenales, arzobispos, obispos, nuncios, teólogos, etc. Yo estuve presente en muchas de estas entrevistas, y pude observar con qué sencillez y afabilidad trataba el Padre a quienes venían a verle».

¿Qué impulsaba a tantas personalidades eclesiásticas a entrevistarse con mons. Escrivá? El Cardenal Herranz, presente en la mayoría de esos encuentros, asegura que no venían a plantear al Padre cuestiones teológicas, aunque fuese inevitable que la conversación tocara temas debatidos en el Concilio. Muchos venían a ver a un santo. Su fama de santidad se había difundido. Lo compendia bien la exclamación del teólogo Carlo Colombo al salir de su entrevista con el Padre: «¡Qué diferencia hay entre un teólogo y un santo!».

Resulta muy interesante el diálogo que mantuvieron en esa ocasión los dos personajes. Colombo era una de las mentes más preclaras del Concilio, muy cercano a Pablo VI, hasta el punto de que era conocido como “el teólogo del Papa”. Y, por supuesto, todo teólogo a la última se ocupaba entonces del papel de los laicos. El Padre le invitó a comer a Villa Tevere y mons. Colombo, tras agradecerle sinceramente la invitación, se sintió movido a hablar de los institutos seculares, en un tono... un tanto académico. Estos institutos, decía, constituían una nueva forma del “estado de perfección”, a fin de actuar en el mundo; más aún, algunos de ellos habían impuesto a sus miembros la obligación de silenciar su pertenencia a ellos, porque de esa manera se facilitaba la “penetración” en las realidades temporales, que de otro modo rechazaría a esos “laicos consagrados”.

El Padre escuchó atentamente la exposición —bien sabía él cómo habían nacido y evolucionado los institutos seculares — y, a continuación, le comentó con afecto:

«Monseñor, todo eso que usted dice es magnífico. Sin embargo, no tiene nada que ver con el Opus Dei, que es una realidad espiritual muy distinta. Yo tengo grandísimo respeto a los religiosos y a los institutos seculares, que buscan el estado de perfección en medio de las realidades temporales. Ahora bien, los hombres y las mujeres del Opus Dei no buscan el *estado de perfección*, sino la *perfección de cada uno en su propio estado*, que no es lo mismo».

Los miembros del Opus Dei, continuaba el fundador, se esfuerzan por santificarse allí donde Dios les llama, en y a través de su propia profesión u oficio. Sin secretos de ningún tipo, que no necesitan. Y tampoco tienen que *penetrar* en el mundo, porque no han salido de él: *están* ya en el mundo, donde se mueven, sin ser *mundanos*, con la misma naturalidad y empeño ascético y evangelizador que los primeros cristianos.

El Cardenal Herranz recuerda cómo iba cambiando la cara del teólogo, desde la sorpresa inicial hasta la honda admiración. He aquí el sentido de su comentario final sobre la diferencia entre un santo y un teólogo: un santo llega por intuición —o mejor, por inspiración divina— allá donde el teólogo llega con el esfuerzo de estudiar y razonar. Lo cual no resta nada al hecho de que san Josemaría también poseía una excelente preparación teológica, y la había querido igualmente para sus hijos desde la primera ordenación sacerdotal en 1944, así como al elaborar para todos los miembros numerarios de la Obra —laicos casi todos—, en los años cincuenta, un plan de estudios filosóficos y teológicos que mereció un documento de alabanza de la Santa Sede.

Mons. Carlo Colombo se volvió un gran admirador de san Josemaría y tuvo ocasión de manifestarlo numerosas veces. A la muerte de mons. Escrivá escribió una conmovida carta a su sucesor al frente del Opus Dei, don Álvaro del Portillo, y el 29 de abril de 1978, siendo Obispo Auxiliar de Milán, dirigió una larga y razonada carta postuladora a Pablo VI, pidiendo la apertura de su proceso de beatificación.

Otro visitante de san Josemaría fue mons. François Marty, entonces arzobispo de Reims y después Cardenal Arzobispo de París. Así lo contó él mismo:

«En la época del Concilio Vaticano II tuve ocasión de encontrarme varias veces con mons. Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei. De aquellas conversaciones tengo el recuerdo de un hombre que sólo hablaba de Dios. Un rato de charla con él era como un rato de oración. Esto era compatible con su buen humor, con su sentido sobrenatural, con su caridad llena de cariño».

Herranz rememora el encuentro con el Cardenal Julius Döpfner, Arzobispo de Munich, uno de los cuatro moderadores del Concilio, al que el Padre explicó que la vocación al Opus Dei, vocación a santificarse en la vida ordinaria y a hacer apostolado en el mundo, no es algo añadido a la vocación cristiana, sino que tiene su origen en la misma llamada bautismal, que implica a toda la persona: todas las acciones del cristiano tienen que ver con la santidad y a ella han de enderezarse, al igual que todas las relaciones personales del cristiano deben congeniar con el mandamiento nuevo de la caridad y, por tanto, con el apostolado que le es intrínseco.

Döpfner, que formuló muchas preguntas al Padre, estaba feliz escuchando respuestas tan netas. «Aún recuerdo al vigoroso cardenal bávaro despidiéndose del Padre con un calurosísimo abrazo, sosteniendo en la mano derecha su humeante *partagás*», escribe Herranz.

De su libro de memorias cabe extraer una larga lista de huéspedes de Villa Tevere: los cardenales Antoniutti, Cento, Marella, Larraona, Ciriaci, presidentes de comisiones del Vaticano II; padres conciliares defensores de opiniones bastante diferentes, como los cardenales Siri, Arzobispo de Génova; König, de Viena; Bueno Monreal, de Sevilla; Miranda, de México, y muchos otros. Pero tampoco la saga de teólogos anduvo a la zaga, comenzando por dos entusiastas, Charles Moeller y el canonista Willy Onclin, ambos de la Universidad de Lovaina. El elenco es realmente amplio. Y a cada uno sabía el Padre sugerir y puntualizar, de forma respetuosa y delicada, pero clara. Una vez, por ejemplo, fueron a verle un grupo de prelados de lengua francesa. Hablando sobre el apostolado de los laicos, uno de ellos repitió el conocido concepto conciliar: compete a los laicos animar cristianamente las estructuras temporales para transformarlas. A lo que el fundador precisó con una amable sonrisa:

«Si tienen alma contemplativa, Excelencia. Porque si no, no cristianizarán nada. Peor aún, serán ellos los que se dejarán transformar; y, en lugar de *cristianizar* el mundo, se *mundanizarán* los cristianos».

Mons. Abilio del Campo, Obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño, ha dejado este testimonio:

«Creo con sinceridad que Josemaría contribuyó decisivamente a clarificar doctrinalmente muchos puntos en los que las luces que había recibido de Dios y su extraordinaria experiencia pastoral en el mundo del trabajo eran casi insustituibles. Fueron muchos los Padres conciliares que, apoyándose de su amistad, pudieron recoger sus atinados consejos».

Y mons. Juan Hervás, Obispo de Ciudad Real:

«Aunque yo no le vi por los lugares de las sesiones, su presencia espiritual, respetuosa con el quehacer de los Padres conciliares, sin pretender imponer ningún punto de vista, fue clarísima y de gran trascendencia para los que participamos en aquella gran Asamblea».

Naturalmente, no es un misterio para nadie que dentro del Concilio actuaban diversos fermentos, y no sólo acerca de cuestiones legítimamente opinables, sino también sobre el depósito de la fe. Las primeras son, también en la Iglesia, la mayor parte, y así le agradaba recordarlo a san Josemaría, que en modo alguno quiso que el Opus Dei tuviese una escuela u opinión teológica particular. Ahora bien, el *depositum fidei* es asunto diferente, porque Dios mismo es quien lo ha entregado a su Iglesia,

justamente en depósito, y a los hombres no les queda más que profundizar en él mediante el estudio guiado por la fe, y en ningún caso modificarlo.

Mons. Giacomo Barabino, entonces secretario del Cardenal Siri, recuerda cómo se planteaba el Padre la doctrina:

«Su defensa de la ortodoxia no procedía de un espíritu conservador, de cerrazón mental o rigidez de carácter. Tenía una evidente preocupación por asegurar la ortodoxia y las estructuras vitales, divinas de la Iglesia; pero no era menos evidente su espíritu de apertura e innovación: me entusiasmaba oírle hablar de cómo era necesario secundar, cada uno desde su sitio, con fidelidad al propio carisma dentro de la Iglesia, la corriente santificadora que el Espíritu Santo derrama en el pueblo de Dios, en cada uno de los fieles, llamados a la plenitud de la vida cristiana. Dentro de su audaz apertura subrayaba la condición misionera de la Iglesia en todos los ambientes, incluso en los más difíciles. Se trataba de una realidad que vivía a diario: la coherencia con la idea fundamental de la que había partido, la vocación universal a la santidad, idea vigorosa que aplicaba continuamente con una elasticidad verdaderamente admirable a las exigencias de los tiempos y al desarrollo de la Iglesia entre los hombres».

Pablo VI quiso manifestar públicamente su estima al Opus Dei y a su fundador, inaugurando personalmente el Centro Elis, el 21 de noviembre de 1965. El Elis había surgido por iniciativa de Juan XXIII, que destinó a una obra social en la periferia romana los fondos recogidos con ocasión del ochenta cumpleaños de Pío XII y encargó al Opus Dei su realización.

Ese día, Pablo VI inauguró una iglesia parroquial confiada a sacerdotes del Opus Dei, así como los edificios destinados a la formación técnico-profesional de jóvenes. Mons. Escrivá leyó su discurso con una emoción tan palpable que incluso impresionó al Santo Padre. En su alocución, el Papa dio las gracias con expresiones vibrantes a cuantos habían colaborado en el proyecto, al que calificó de «otra prueba del amor a la Iglesia». Pablo VI había deseado aquella inauguración antes del final del Concilio, para facilitar así la participación de muchos padres conciliares y mejorar su conocimiento de la Obra. Al abrazar al fundador antes de regresar al Vaticano, exclamó ante todos los presentes: «¡Aquí todo es Opus Dei!».

La relación y la estima de Pablo VI hacia san Josemaría y su Obra tenían una larga historia. Nunca olvidó el fundador que «la primera mano amiga» que se le tendió en Roma, a su llegada en 1946, fue la de mons. Montini. Tras la elección de éste al sumo pontificado, el 21 de junio de 1963, las manifestaciones de afecto hacia san Josemaría fueron numerosas y constantes. La primera audiencia tuvo lugar el 24 de enero de 1964, después de la segunda sesión del Concilio y del viaje del Papa a Tierra Santa. Fue una larga conservación, en la que salieron a relucir recuerdos comunes, alegrías y tristezas, los continuos contactos con la Curia con vistas a la aprobación de la Obra. Ambos se conmovieron y el Papa abrazó repetidas veces al fundador. Éste le pidió de nuevo el estudio de la solución jurídica del Opus Dei y le entregó una carta, en la que se leía:

«Haciendo memoria de la mucha benevolencia manifestada a la Obra y a su humilde Fundador, y de los consejos, cortesía y aliento de Vuestra Santidad, tan generosos desde el lejano 1946, en que desempeñaba el cargo de Substituto de la Secretaría de Estado, el que esto firma pone a los pies de V. Santidad lo que considera ser el espíritu y la pastoral del Opus Dei: el deseo de servir a la Iglesia como Ella desea ser servida. Tal es el programa que ha guiado siempre la actividad sacerdotal del que suscribe, en los treinta y seis años de vida del Opus Dei».

En la fotografía con Pablo VI al final de aquella audiencia quedó inmortalizada la emoción de san Josemaría. Pero todavía queda más patente en la instantánea de la siguiente audiencia, el 10 de octubre del mismo año. El Padre estaba muy feliz de tantas manifestaciones de afecto. «¡Qué bien pagado me he sentido de *tanta cosa* ofrecida *in laetitia* al Señor en estos treinta y siete años!», escribió.

A la delicada cuestión del encuadramiento jurídico del Opus Dei vino a unirse un nuevo y grave motivo de preocupación, porque antes incluso del final del Concilio se difundieron interpretaciones espurias de sus decretos, se suscitaron profundas divisiones, se propagó un espíritu de rebelión que no respetaba ni siquiera la obediencia al Santo Padre. Su autoridad fue agresivamente puesta en discusión en muchos ambientes eclesiales. El fundador escribió entonces a sus hijos, en una carta de octubre de 1965, anterior a la clausura del Vaticano II:

«Los años que siguen a un Concilio son siempre años importantes, que exigen docilidad para aplicar las decisiones adoptadas, que exigen también firmeza en la fe, espíritu sobrenatural, amor a Dios y a la Iglesia de Dios, fidelidad al Romano Pontífice. [...] Estad muy cerca del Pontífice Romano, *il dolce Cristo in terra*: seguid al día sus enseñanzas, medita las en vuestra oración, defended las con vuestra palabra y vuestra pluma».

En una densa correspondencia en los años posteriores al Concilio, san Josemaría informó a Pablo VI de lo que consideraba provechoso para el bien de la Iglesia y le puso al corriente de las nuevas y tristes campañas calumniosas que se suscitaban contra el Opus Dei.

Que se trataba de un momento dramático para la Iglesia, es cosa sabida. Las estadísticas publicadas por la Congregación para el Clero en 2003 muestran el alcance de la hemorragia de sacerdotes diocesanos y religiosos que la Iglesia padeció en aquellos años, con un tremendo período que va de 1965 a 1980 en que se superaron las cuatro mil defecciones anuales. Se vaciaron los seminarios, inmensos edificios —a veces construidos con el optimismo de los años precedentes— reducidos a pequeños núcleos o simplemente cerrados. Bastaba mirar la biblioteca de muchos sacerdotes para descubrir allí textos ambiguos o erróneos en los que se negaba la realidad de los sacramentos, se ponían en duda capciosamente los fundamentos de la fe y se tergiversaba la naturaleza de la Iglesia, del culto, de la jerarquía, o se proponía el marxismo como nuevo horizonte del compromiso cristiano.

«Sufro muchísimo, hijos míos», confió el Padre a los miembros del Consejo General del Opus Dei el 27 de noviembre de 1970. Y prosiguió:

«Estamos viviendo en la Iglesia un momento de locura. Las almas, a millones, se sienten confundidas. Hay peligro grande de que se vacíen de contenido los sacramentos —todos, hasta el Bautismo—, y los mismos mandamientos de la ley de Dios pierden su sentido en las conciencias. Amo con toda mi alma a la Iglesia, mi Madre, esta Iglesia donde hay millones de almas que son mi padre y mi madre: ¡que amo como a mi padre y a mi madre!».

El Padre sufría realmente y se apenaba de manera visible, con lágrimas que le quemaban y eran don de Dios. Lo han testimoniado todos los que estuvieron cerca de él en esos años, los últimos de su vida. Y precisamente porque era un dolor sobrenatural, en ningún momento disminuyeron su trato cariñoso con todos, el optimismo y, sobre todo, la esperanza. «Dios, hijos míos, permite estas pruebas, por nuestros pecados: los

vuestros y los míos. Pero no abandona a su Iglesia». Las películas de sus encuentros multitudinarios con personas de medio mundo, todas ellas filmadas en los primeros años setenta, pueden inducir a error si se desconoce la naturaleza del sufrimiento del Padre.

Obviamente, no era el único en padecer. El 8 de diciembre de 1970, Pablo VI hizo un balance de la situación con los obispos congregados en Roma con motivo del quinto aniversario del Concilio. Con acentos angustiosos, el Papa lamentó que, junto al colosal desarrollo teológico, litúrgico, bíblico y catequético que había supuesto el Vaticano II, numerosos fieles se sintieran

«turbados en su fe por un cúmulo de ambigüedades, de incertidumbres y de dudas en cosas que son esenciales, como los dogmas trinitario y cristológico, el misterio de la Eucaristía y de la presencia real, la Iglesia como institución de salvación, el ministerio sacerdotal en el seno del Pueblo de Dios, el valor de la oración y de los sacramentos, las exigencias morales concernientes, por ejemplo, a la indisolubilidad del matrimonio y al respeto a la vida humana. Es más, se llega al extremo de poner en tela de juicio hasta la autoridad divina de la Escritura, en nombre de una desmitificación radical».

Pablo VI asistía casi impotente a la locura general, a la difusión del «humo de Satanás que por algún resquicio ha penetrado en el templo de Dios», como llegó a afirmar en una alocución pública el 29 de junio de 1972, provocando un escándalo no pequeño. Era el tormento de un Papa que tanto había advertido a su grey y alzado su voz magisterial sobre temas candentes con documentos de gran importancia: la encíclica *Ecclesiam suam* (1964), en la que mostró los caminos del auténtico ecumenismo y del diálogo interreligioso; *Mysterium fidei* (1965), con la que salió al paso de los intentos por vaciar de sentido la Eucaristía y, en concreto, el dogma de la Transustanciación; *Sacerdotalis coelibatus* (1967), en la que recordó la conveniencia pastoral y teológica del celibato sacerdotal; y *Humanae vitae* (1968), sobre la transmisión de la vida y la moral conyugal. Además del magnífico *Credo del Pueblo de Dios* (1968), una profesión de fe en la que corroboraba los puntos firmes e intangibles.

Fue ciertamente la encíclica *Humanae vitae* la que más protestas suscitó, porque ya desde comienzos de los años sesenta se había empezado a considerar lícitos, sin demasiados razonamientos ni contemplaciones, determinados métodos anticonceptivos. El Papa sancionó el principio moral con el parecer contrario de no pocos consultores.

Por lo que respecta a la Obra, se había difundido entre algunos miembros de la Curia romana un clima de desconfianza y sospecha. En este sentido, suele mencionarse fácilmente el nombre de mons. Benelli, entonces Sustituto de la Secretaría de Estado, como una especie de antagonista. Sobre la compleja relación entre Benelli y san Josemaría parece oportuno escuchar las precisiones que lleva a cabo el Cardenal Herranz, testigo de los hechos y copartícipe de los sufrimientos del Padre.

«Benelli admiraba la personalidad sobrenatural de mons. Escrivá y pienso que estaba convencido de su santidad: así lo puso de manifiesto en su carta postuladora para la beatificación y, antes, así me lo dio a entender en la entrañable conversación que tuvimos al día siguiente de la muerte del Padre. Sin embargo, durante el período en que fue consejero de la nunciatura de España y, después, Sustituto de la Secretaría de Estado, demostró no entender algunos aspectos del espíritu del Opus Dei —sobre todo, la libertad política de sus miembros— y del modo de pensar de mons. Escrivá. Por su diferente formación, eso generó en él desconfianza; y, en ocasiones, una notoria frialdad en su trato con el Padre, como en los encuentros de 1969 ya referidos.

Hubo escasa comprensión, pero no polémica, entendida ésta como contraposición rencorosa y violenta de pareceres. Para una polémica se necesitan, al menos, dos

antagonistas con intereses dispares. Y tanto el Padre como Benelli eran dos hombres de Iglesia, que sostenían puntos de vista diferentes sobre un mismo problema: la participación de los laicos en la vida pública de las naciones».

Benelli había concebido un plan de preparación de una clase política española para el momento en que Franco desapareciera. Un plan muy al estilo de la democracia cristiana italiana, con la que congeniaba plenamente, y que preveía que la jerarquía española tomase distancias del régimen, así como que los católicos saliesen del aparato político y se mantuviesen atentos para regresar a él, con la adecuada preparación, tras la salida de escena del dictador. Y para este proyecto quería contar con los laicos del Opus Dei.

Conviene considerar que los miembros del Opus Dei implicados en gobiernos franquistas fueron relativamente pocos: de ciento dieciséis ministros nombrados en los once gobiernos de la dictadura, sólo ocho fueron del Opus Dei, uno de los cuales murió escasos meses después de su designación y casi todos los demás se mantuvieron una sola legislatura. Y, en cualquier caso, actuaron siempre a título personal, como todos los miembros del Opus Dei, en el ejercicio de su propia libertad. Tampoco cabe silenciar que muchos otros católicos, pertenecientes a diferentes realidades eclesiales, ocuparon cargos gubernativos y estatales con el beneplácito de los obispos. Por otro lado, había también fieles de la Obra muy activos en la oposición al franquismo e incluso perseguidos por el régimen. Pero, sobre todo, el Padre sentía la estricta obligación de conciencia de preservar la libertad en materias opinables que Dios había querido para la Obra. Jamás un director del Opus Dei, y mucho menos el fundador, se atreverá a imponer o simplemente a encauzar las legítimas opciones temporales de los miembros. Al igual que tampoco lo hace la Iglesia, salvo en los casos excepcionales en que, por circunstancias de especial peligro para la fe o la comunidad cristiana, los obispos dan una indicación de voto o algo semejante. Y esta circunstancia no se había dado ni se daba en España, por muy laudable que fuera prepararse adecuadamente para el cambio de régimen.

No fue ésta la única vez en que san Josemaría se atrajo la incompreensión de algún eclesiástico por no querer comprometer al Opus Dei como tal en un proyecto, incluso muy bueno en sí mismo, pero perteneciente a la esfera de la libertad personal que tanto amaba y respetaba. Afirmaba sentirse «el último romántico» respecto a ese amor a la libertad de cada uno. Decía que la había buscado como Diógenes con la linterna y no era fácil encontrarla.

«Estamos obligados a defender la libertad personal de todos, sabiendo que *Jesucristo es el que nos ha adquirido esa libertad*; si no actuamos así, ¿con qué derecho reclamaremos la nuestra? Debemos difundir también la verdad, porque *veritas liberabit vos*, la verdad nos libera, mientras que la ignorancia esclaviza».

El Cardenal Herranz se remite a una observación de san Josemaría para enmarcar la incompreensión entre Benelli y Escrivá. Decía él que siempre debe considerarse el punto de vista del otro, porque lo desde nuestro lado parece cóncavo, del suyo parece convexo, y ambos tienen razón. Cierto es también que no se trató de un leal intercambio de pareceres: san Josemaría fue tratado desde ese momento como uno que se negaba a colaborar con la causa de la Iglesia y, por tanto, fue aislado. Con todo, a la muerte del Padre, mons. Benelli se dirigió rápidamente a rezar ante sus restos mortales y, años después, escribió sentidas cartas postulando su canonización.

Si por rigor histórico se han señalado las incompreensiones curiales, otro tanto conviene hacer con los muchos gestos de amistad hacia la Obra y su fundador por parte

de personalidades de la Iglesia, a quienes el Padre recibía en aquel periodo al igual que en otros momentos de su vida. Un caso singular —y valiente— es el del Cardenal John Joseph Wright, Obispo de Pittsburgh (USA), que en mayo de 1969 fue nombrado Prefecto de la Congregación para el Clero. Wright conocía y estimaba el Opus Dei desde hacía tiempo y, llegado al Vaticano, quiso poner fin a algunos malentendidos curiales: en la reunión plenaria de la Congregación del 20 de abril de 1970 hizo una explícita alabanza de la labor que el Opus Dei realiza con los sacerdotes diocesanos. Más o menos dijo así: «He oído en los ambientes vaticanos algunos juicios sobre el Opus Dei que considero totalmente injustos y quiero, por eso, alabar públicamente al Opus Dei».

Estaban presentes quince cardenales, de Curia y no de Curia, y varios arzobispos y obispos. El Cardenal Arzobispo de Santiago de Compostela y el Arzobispo de Burgos, que asistían a la reunión, manifestaron abiertamente su satisfacción, y también los demás aplaudieron sus palabras.

Otro ejemplo es el del Cardenal Angelo dell'Acqua, amigo fraterno del Padre. El 12 de abril de 1970, en plena borrasca vaticana y en cuanto Vicario de Roma, se presentó por sorpresa en la parroquia de San Juan Bautista, confiada a la Obra, situada junto al mencionado Centro Elis e inaugurada por Pablo VI, como se ha visto. El cardenal se sentó en medio de los fieles que asistían a Misa y, al acabar, subió al presbiterio para dirigir unas palabras de alabanza, sencillas y llenas de cariño, a la tarea que llevaban a cabo los sacerdotes y los laicos del Opus Dei allí y en todo el mundo, en servicio desinteresado y generoso a la Iglesia. Dijo que deseaba que todas esas afirmaciones sobre el Opus Dei y la labor que desarrolla se publicaran en *L'Osservatore Romano* —periódico oficioso de la Santa Sede—, y que él mismo se encargaría desde el Vicariato de enviar esa crónica. «He venido justamente para testimoniar en público, de modo que todos los sepan, mi afecto y mi admiración por el Padre y por el Opus Dei».

El Padre nunca desdijo con sus hechos su afirmación de que no le interesaba la gloria humana, las alabanzas o las críticas. Pero los gestos citados eran humanos y, en aquellos momentos, necesarios.

Con todo, si las injustas peripecias hacían sufrir inmensamente a san Josemaría, mucho más le dolía la penosa situación de la Iglesia, que a decir verdad se entrelazaba con aquellas. «Yo amo a la Iglesia —confiaba— con toda mi alma; y he quemado mi juventud, mi madurez y mi vejez por servirla. No lo digo con pena, ya que lo volvería a hacer si viviera mil veces». Al dolor moral se unieron, especialmente desde 1970, graves trastornos físicos: insuficiencia renal, derrames sinoviales, fuerte pérdida de la visión, dolores severos de variada naturaleza. Todo lo ofrecía por la Iglesia y por el Papa. Llegó a ofrecer su vida al Señor para que se acortase el tiempo de prueba que atravesaba su Iglesia.

En vano había tratado el Padre de perforar el muro de hostilidad que le cercaba, pidiendo audiencia con el Santo Padre: la solicitud nunca llegaba al Papa. Con todo, por providencia de Dios, a fuerza de insistir y gracias a los buenos oficios de alguien que se lo confió oralmente a Pablo VI, obtuvo esa audiencia, al cabo de seis años, el 5 de junio de 1973. En cuanto vio al Santo Padre, san Josemaría cayó de rodillas, sin importarle los dolores sinoviales. Pablo VI se enterneció ante aquel gesto de fe y devoción que le llegaba en medio de tantas amargas. Lo levantó con los brazos y le invitó a sentarse. Y lleno de afecto e ignorante de las hostilidades contra su huésped, le comentó: «¿Por qué no viene a verme más a menudo?».

Siguió a tales palabras un embarazoso silencio, que san Josemaría rompió cambiando completamente de tema, sin caer en lamentaciones, sino tratando de elevar el ánimo del Papa, que tantas veces había manifestado su dolor por la situación de la

Iglesia. Comenzó a hablarle de temas muy sobrenaturales, y le puso al día del desarrollo de la Obra en los cinco continentes, con el intento evidente de llevar buenas noticias al Palacio Apostólico: apóstolados florecientes, conversiones, ordenaciones sacerdotales numerosas... Pablo VI le escuchaba admirado y formulaba algún elogio, hasta que le interrumpió exclamando:

«¡Usted es un santo!».

«¡No, no! Vuestra Santidad no me conoce. Yo soy un pobre pecador».

«No, ¡usted es un santo!».

«En la tierra no hay más que un santo: el Santo Padre», protestó san Josemaría, turbado.

Fue la última audiencia. En los dos años siguientes, san Josemaría se dedicó a una incansable predicación en Europa y América, reuniéndose con decenas de miles de personas, a las que transmitía su pasión por la Iglesia. Y el 26 de junio de 1975 el Señor aceptó el ofrecimiento de su vida, llamándole a sí.

Había escrito:

«Querría —ayúdame con tu oración— que, en la Iglesia Santa, todos nos sintiéramos miembros de un solo cuerpo, como nos pide el Apóstol; y que viviéramos a fondo, sin indiferencias, las alegrías, las tribulaciones, la expansión de nuestra Madre, una, santa, católica, apostólica, romana. Querría que viviésemos la identidad de unos con otros, y de todos con Cristo».

«Pide a Dios que en la Iglesia Santa, nuestra Madre, los corazones de todos, como en la primitiva cristiandad, sean un mismo corazón, para que hasta el final de los siglos se cumplan de verdad las palabras de la Escritura: «multitudinis autem credentium erat cor unum et anima una» —la multitud de los fieles tenía un solo corazón y una sola alma.

—Te hablo muy seriamente: que por ti no se lesione esta unidad santa. ¡Llévalo a tu oración!».

\* \* \*

El 5 de marzo de 1976, Pablo VI concedió una larga audiencia a mons. Álvaro del Portillo, elegido meses antes cabeza del Opus Dei. Con el permiso del Santo Padre, más aún, con su aliento, don Álvaro relató después algunos momentos de ese cordialísimo encuentro. Al verle, todavía de pie, el Papa le felicitó por la elección.

«Yo enseguida le dije: “Santidad, agradezco mucho esta felicitación, pero yo pido al Santo Padre que tenga conmigo la caridad de concederme su bendición y sus oraciones. Porque soy el sucesor de un santo, y eso no es nada fácil”. Pablo VI me dijo entonces una cosa muy bonita: “Pero ahora el santo está en el Cielo y él se encarga”. Me dijo que consideraba que nuestro fundador es uno de los hombres que han recibido más carismas, más gracias de Dios, a lo largo de toda la historia de la Iglesia, y que siempre respondió con generosidad, fiel a esos dones divinos. En otras palabras, que lo considera como uno de los santos más grandes. Esto lo subrayó varias veces».

El Papa corroboró también el carácter genuino del servicio a la Iglesia que comporta la vocación al Opus Dei:

«Me dijo con insistencia que si queremos ser fieles a la Iglesia, y servirla como lo ha hecho nuestro Padre, hemos de ser muy fieles al espíritu de nuestro fundador. A mí, concretamente, me decía: “Usted, siempre que deba resolver algún asunto, póngase en

presencia de Dios y pregúntese: en esta situación, ¿qué haría mi fundador?; y obre en consecuencia. Diga a todos sus hijos y a todas sus hijas que, siendo fieles al espíritu del fundador, servirán a la Iglesia como la han servido hasta ahora: con eficacia, con profundidad, con extensión”».

Al Papa se le veía feliz escuchando las noticias que don Álvaro le relataba y, al final de la entrevista, le dijo:

«Ahora no me puedo mover de aquí más que en contadísimas ocasiones, y me es imposible ir a la Cripta a rezar, como sería mi deseo. Pero usted, cuando regrese a su casa, imagine que es el Papa y, en mi nombre, arrodílese delante de la tumba del santo, y pida por mí y por la Iglesia».